

CINCO HORAS CON MARIO

"Un pueblo sin literatura es un pueblo mudo."

Miguel Delibes

Era jueves. Mario Vargas Llosa me había citado a las siete de la mañana en su piso de la calle Flora, en Madrid. Recuerdo que el día anterior, hablando por teléfono con su secretaria Fiorella Battistini, y ante mi falta de comprensión por tan madrugadora hora, esta con un marcado acento italiano me había dicho: *Don Mario insiste en que se encuentren a esa hora. Hoy tiene la agenda muy apretada...* Para ser sinceros no entendía nada, todo aquello parecía irreal. Aquella cita concertada con Don Mario había surgido del modo más azaroso posible. Casualidades de la vida, la directora editorial de Alfaguara –Pilar Reyes–, era nuestra vecina en una localidad de la Sierra. Hoy día, apenas se conocen los vecinos entre sí, pero un desafortunado incidente hizo que conociera a mi vecina y mi vida cambiara.

El de la Sierra, era uno de esos chalets construido de manera masiva, sistemática y clónica, durante la época del *boom* inmobiliario. Los promotores y dueños de las constructoras habían lucrado sus bolsillos a manos llenas, sin un mínimo de vergüenza torera, llegando incluso a perpetrar temeridades como construir sobre torrenteras secas y arroyuelos. Beneficio puro y duro sin tener ningún otro factor en cuenta. Mi chalet sin ir más lejos, fue construido con materiales de pésima calidad. Pese a costar una millonada era casi de cartón piedra. Estaba todo roto, agrietado y no tenía ni diez años. Quién me iba a decir que sería gracias a la avaricia de estos rufianes de la construcción, por lo que yo conocería a Don Mario. Una de las paredes que limitaba con la casa de Pilar se estaba agrietando al punto de amenazar desplome. Para apuntalar provisionalmente y después arreglarla, había que pedir permiso a la vecina Pilar, la jefa editorial de Don Mario. Y fue así: a base de molestias, disculpas y frecuentes visitas como se forjó una amistad entre mi madre y Pilar. Pilar y mi madre.

Mamá me contaría años después, cómo surgió la idea una tarde de domingo. Ambas se encontraban de tertulia parlanchina en la cocina de Pilar. Mamá había llevado una

bandeja de dulces y pastas, para amenizar la hora del café y ofrecer un presente ante las evidentes molestias que los albañiles –siempre toscos y poco cuidadosos– estaban causando a mi vecina.

En esa época yo estaba pasando una mala racha. Por un lado, mis resultados de Segundo de Bachiller eran mediocres por no decir pésimos. Algunos suspensos y la mayoría aprobados por los pelos. Mi desencanto con los estudios de acceso a la universidad era palpable. Rellenaba los exámenes como un mero formulario, de manera automática y sin implicación ninguna. Atravesaba una crisis existencial alarmante, la selectividad se acercaba y ni siquiera sabía si eso de ir a la universidad era lo que yo quería. La idea de ponerme a trabajar con dieciocho años tampoco me entusiasmaba, pero de ser universitario, ¿qué estudiar? ¿A qué dedicar mi vida? Si lo único en el mundo que me gustaba era leer, y por supuesto pero en menor grado, escribir.

Existía en mí una dicotomía muy fuerte entre ciencias y letras. Amén de ser una absurda división, mi padre presionaba por las ciencias. *Te labrarás un futuro*. Me decía. *Con eso de escribir te morirás de hambre. Una cosa es que sea tu hobby, pero lo primero es comer*. Yo, rechazando sus argumentos, le ponía ejemplos de escritores que se ganaban el pan dándole a la tecla. *Pero mira Javier Marías, Arturo Pérez-Reverte o Mario Vargas Llosa papá...* Lo que para mí era prueba irrefutable, para mi padre confirmaba lo contrario. *Vargas Llosa no hay más que uno...* Decía tajantemente, dando por cerrada la discusión. ¡Oh casualidades y sorpresas de la vida! Nadie podía aventurar lo que pasó luego. Veremos cómo fue precisamente Don Mario quien me ayudó a resolver esta dicotomía y tomar una decisión. Para más inri y como las desgracias nunca vienen solas, me dejó mi novia. Después de dos años me había mentido y había vuelto con su ex. Me dijo cosas muy feas y yo le pregunté si de verdad el punto de inflexión en nuestra relación, había sido que siempre me olvidaba de bajar la tapa del wáter. Le dije que no se tomara tan a pecho aquella vez que se había cortado el pelo y no me di cuenta. O el día que me olvidé de nuestro aniversario. Pero dijo que no era por nada de eso. Me dijo que era un muermo, que lo único que hacía era leer, escribir e ir al cine. Que parecía un viejo. Me dijo: *cásate con tus libros*. A lo que argüí: *lo bueno de estos, es que no se van con otro*. Y en eso se quedó todo. Lo que me ayudó a que este mal trago no me afectara en demasía fue una cosa que me dijo Don Mario: *Lo bueno de ser escritor, es que cualquier cosa mala que pase en tu vida la puedes convertir en literatura*. Y me puso de ejemplo su aventura en la política. Uno de los mayores reveses

que sufrió en la vida fue la derrota en las elecciones presidenciales del Perú de 1990, frente a Alberto Fujimori –hoy día en la cárcel–. Había puesto tantas ganas y fuerzas para cambiar su país, que no podía creer que el pueblo no le dejara siquiera intentarlo. Así nació su novela *El pez en el agua*, donde narraba todo lo que había aprendido en su fracaso político. En resumen, me encontraba bastante atascado en ese periodo de crisis que era el final de mi adolescencia. Y como estaba tan colapsado, ni siquiera podía escribir cosas decentes, puesto que estaba todo el día pluma en ristre, escribiendo poemas pésimos, relatos de desamor y odio, alejados de la buena literatura.

Para rematar esta desastrosa situación, un desacertado profesor mío me recomendó leer “*Las penas del joven Werther*” de Johann Wolfgang Goethe, novela epistolar –al igual que “*Cartas a un joven novelista*”– pero de carácter muy distinto puesto que no tiene intención educativa ninguna y es más bien el adalid del movimiento romántico y del *Sturm und Drang*. Tal fue su poder persuasivo que muchos jóvenes románticos se suicidaron por desamor, al igual que hacía el joven Werther en la propia novela. Más adelante Don Mario me enseñó los trucos y herramientas para conseguir –o intentarlo al menos– persuadir, como el monstruo de las letras Goethe. De esta guisa estaba, cuando la estimable Pilar tras esa charla de domingo con mamá, se le ocurrió la idea de que conociera a Mario Vargas Llosa. Me enteraría mucho tiempo después que él accedió de inmediato, no sin antes poner una condición temporal –pues es hombre de abultada agenda– de que sobre las doce de la mañana, nuestro coloquio tendría que acabar. La Real Academia Española –de la cual es miembro desde 1994 ocupando la “L” mayúscula– le esperaba para el almuerzo. Por la tarde tendrían que celebrar un acto de presentación de la nueva gramática revisada. También harían un homenaje a Nebrija, que allá por el siglo XV escribiera la primera de las gramáticas castellanas. La RAE se había engalanado para la ocasión y no podía faltar uno de sus primeros espadas. Cuando mi madre ese domingo por la noche me lo dijo, no pegué ojo. ¡Iba a conocer a Mario Vargas Llosa! Por fin los dioses se habían confabulado a mi favor. El viento soplaba de cara. Tenía el presentimiento de que algo iba a cambiar en mi vida. Fueron cinco horas con Mario.

Era poco antes de las siete de la mañana y yo salía de la boca del metro en la Plaza de Isabel II. No se veía ni un alma, parecía mentira que fuera el centro de Madrid, los únicos habitantes a esas horas, eran los barrenderos que se afanaban en recoger los restos de toda una noche de fiesta que acababa de terminar. Durante el viaje de metro

había estado tranquilo. Pero ahora abandonando la plaza y enfilando la calle de la Flora, apenas a un minuto de la casa de Don Mario, todos los nervios e inseguridades brotaron de golpe:

¿Qué hago aquí? Esto es ridículo. Mario me despachará en cinco minutos. Me dará unos cuantos consejos manidos, para cumplir con el favor de Pilar y se irá. Es un hombre muy ocupado. Estará cansado ya de hablar con otro aspirante a escritor, de los cientos que se le acercan...

Sumido en estos pensamientos negativos llegué a la casa de Don Mario, armándome de valor y tomando la filosofía de los que ya no tienen nada que perder, apreté el botón del piso más por el qué dirán puesto que tenía un miedo espantoso. *Dígame*. Preguntó la señorita Fiorella Battistini con su marcado acento italiano. *Hola, vengo a ver a Don Mario...* En ese instante, sonó un timbrado eléctrico y empujé la puerta. Mario Vargas Llosa vive en una planta entera de un edificio de la calle Flora. Adquirido en el año 2000 después de caer en la cuenta de que pasaba más tiempo aquí que en Londres. Cambió su residencia europea debido a que su hija Morgana que es fotógrafa vivía aquí, y a que cada jueves tiene sesión en la Real Academia Española. Fiorella me abrió la puerta con una gran sonrisa mediterránea, antes de que pudiera emitir palabra alguna, me agarró de la solapa de la camisa, y me estampó dos sonoros besos en sendas mejillas. Y me dijo. *Pilarr me ha hablado muuucho de ti*. En ese instante y ante tanta efusividad, me puse rojo y dije un escueto: *gracias*. Que es lo que digo cuando me muero de vergüenza y no sé qué decir.

Fiorella, era mucho más joven de lo que yo pensaba. Iba impecablemente vestida con camisa, falda y americana. Tenía además el pelo negro, recogido en un gran moño cruzado por palillos orientales. Llevaba unas gafas de pasta negra y gruesa, que hacían sus ojos oscuros aún más grandes. Me pregunté a cuantos Ulises había hecho naufragar aquella sirena. Me llevó por el pasillo, donde se adivinaban las amplias estancias con altos techos que conformaban la casa. En una de ellas, había dos mesas blancas y anchurosas. Una con un ordenador encendido y llena de papeles, la otra pertenecía a una segunda secretaria que había tomado vacaciones. El denominador común de la casa era que había librerías por los cuatro costados. Todo este collage de lomos de distintos colores por todas partes le daba un aire solemne, como de librería antigua.

A la izquierda del pasillo, por una escalera que sube caracoleando, estaba el escritorio de Don Mario en un altillo abuhardillado. De este bajaba solemnemente Vargas Llosa, motivado por el ruido y con modales de perfecto anfitrión a recibir al invitado. Iba vestido muy elegante con una camisa azul oscuro, por encima, una chaqueta de tweed gris y, en la parte inferior, unos pantalones de pinzas del mismo color rematados con unos zapatos negros. Cuando acabó de bajar la escalera, se acercó a mí con una gran sonrisa y me dijo con su inconfundible acento arequipeño:

- Hola amigo, ¿cómo estás?
- Muy bien Don Mario, gracias por invitarme.
- Gracias a ti por venir. ¿Estás listo?
- ¿Listo para qué?
- Para dar un paseo matinal. Lo doy todas las mañanas para mantenerme en forma. ¿Te animas?
- Claro señor Mario. –contesté.

Salimos del piso y nos pusimos a andar, bajando la calle de la Flora. Curiosamente esta calle se llamaba así por Flora Tristán. Ella y su nieto el pintor Paul Gauguin fueron los personajes centrales de la novela de Mario *El paraíso en la otra esquina*. Atravesamos la plaza de Isabel II para desembocar en la Plaza de Oriente. Caminábamos despacio, saboreando los primeros rayos del sol, él con las manos en la espalda y yo con las mías en los bolsillos. Recuerdo que nuestra primera conversación fue acerca del oficio:

- Don Mario, tengo serias dudas sobre el trabajo de escritor. El año que viene entro en la universidad, y mi padre me insiste en que estudie algo de ciencias con futuro. La verdad es que estoy muy angustiado con el tema laboral... Y con el hecho de no poderme ganar la vida escribiendo...
- Lo mismo me ocurrió a mí –respondió Mario–. Mire, a lo largo de mi vida, las personas más infelices que he conocido, lo eran porque hacían cosas que no les gustaba hacer. Al mismo tiempo, las menos infelices eran aquellas que habían tenido el privilegio de poder dedicar su vida a las cosas que les gustaban. De tal manera que esas personas, no tenían como las otras la sensación de haber perdido el tiempo con algo que no comprometía su propia vocación, y que más bien los apartaba de ella. Si un joven como tú, tiene una vocación literaria, que no tiene futuro y parece condenar al que la ejerce a los márgenes de una vida sacrificada;

debe elegirla; debe hacerla suya y ejercerla. Por el convencimiento de que haciendo eso, aun cuando ello implique sacrificios y llevar una vida más modesta que si ejerciera otra de las profesiones de moda, será mucho menos infeliz que traicionando su vocación y haciendo actividades que quizá le reporten mayores ingresos económicos. Pero estará toda su vida sintiéndose como alguien que un momento dado se traicionó. No reprimas en ti lo que te exalta, lo que te hace soñar por consideraciones pragmáticas. Consideraciones pragmáticas que muchas veces no resultan cuando hacemos cosas que no nos gusta hacer, que generalmente vamos a hacer mal. Porque no lo vamos a hacer de una manera creativa y talentosa. El corazón no estará detrás de lo que hacemos. En cambio cuando te entregas a la actividad que amas, sentirás que te realizas y vivirás en un acuerdo contigo mismo. Aunque hoy en día la sociedad requiera de ingenieros industriales, para quien tenga esa vocación, perfecto. Pero si tu vocación son las humanidades lo más probable es que seas un pésimo ingeniero industrial. Y existen muchísimas posibilidades de que usted sea un frustrado y un amargado. Yo creo que es fundamental que uno elija bien y sobre todo cuando es joven. Es bastante terrible descubrir cuando ya es muy tarde, que debió correr los riesgos de otra vocación. Yo estuve en tu situación cuando era joven. Lo descubrí cuando entré en la universidad para estudiar abogacía. Tuve muchísimas dudas, decía: *seré muy mal abogado, a mí no me gusta esta profesión. A mí me gusta escribir.* Pero claro, escribir parecía algo imposible de convertirse en un *modus vivendi* y sin embargo, en un momento dado, sentí tanta angustia ante la idea de tener que dedicar mi vida a cosas que iban a ocupar enteramente mi tiempo, y que no me iban a dejar ni siquiera un espacio para poder leer y escribir que decidí en Madrid, cuando tenía exactamente veintiún años, tratar de ser un escritor. Como probablemente no pueda vivir nunca de escritor, pues buscaría trabajos alimenticios que me dejen tiempo para escribir y que no consuman enteramente toda mi energía, de tal manera que yo pueda volcar en la literatura por lo menos las horas principales, la energía que hay en mí. Y creo que esa decisión fue la decisión más importante que he tomado en la vida. Los que eligen de esta manera tienen muchas más posibilidades si no, de ser felices todo el tiempo, porque creo que solo los tontos son felices todo el tiempo, pero sí de ser mucho menos infelices que si hubieran elegido al revés.

Me quedé atolondrado ante este revelador discurso. La claridad, profundidad y sencillez de sus palabras me dejaban con la boca abierta. Sin duda Don Mario era un excelente orador, pero su comprensión del lenguaje había alcanzado cotas tan altas, que más parecía un hechicero aimara capaz de curar cualquier dolencia con la palabra.

Llegamos hasta el templo de Debod y luego retrocedimos unos pasos para bajar por la Cuesta de San Vicente. Cogimos el metro en el intercambiador de Príncipe Pío. Don Mario me iba a invitar a desayunar en el Café Central, cerca de la Plaza del Ángel y para ello había que recorrer dos paradas de metro. Hablamos de algunas cosas pero la conversación más importante fue la que surgió en torno a cuál era el personaje capital de una novela. Don Mario preguntó mi parecer y yo le respondí que sin duda era el personaje principal o protagonista. Él se rió aseverando que mi respuesta le recordaba mucho a cuando él era aprendiz de escritor.

- ¿No te sonará quizás la figura del narrador?– me preguntó Don Mario.
- Claro, pero no sabía que fuera el personaje principal de una historia. –contesté.
- El narrador es el personaje más importante de todas las historias, esto es algo que tardé muchos años en entender. En todos los casos el narrador es un personaje inventado, nunca será como muchos piensan el propio autor, puesto que el autor es de carne y hueso. Más bien, el narrador es un ser de ficción que acaba cuando termina la novela y que todo cuanto ocurra en la historia que se narra depende de él.
- Pero, ¿cuántos tipos de narradores hay? Ahora mismo se me ocurre que pueda haber cientos de maneras distintas de contar una novela. –pregunté a Don Mario.
- Es cierto que en principio puede parecer que hay muchísimos tipos de narradores. Pero de un modo más sistemático te diré que se resumen en tres: el *narrador-personaje* donde se narra desde el *yo* y donde el espacio del narrador y lo narrado se confunden. El *narrador-omnisciente* que narra desde la tercera persona (*él*). El narrador aquí es ajeno a la historia que cuenta. Por último el *narrador-ambiguo* que narra desde el *tú* y no se sabe si narra desde dentro o fuera del mundo narrado, como pasa por ejemplo en la novela *Cinco horas con Mario* de Miguel Delibes o en *Juan Sin Tierra* de Goytisolo. Por todo esto es muy importante que el narrador tenga una conciencia clara del mundo que inventa y de cómo lo inventa.
- Pero entonces Don Mario, ¿sólo puede haber un narrador en una historia?

- No, no, en absoluto. Es más, lo más frecuente es que en una buena novela encontremos varios narradores a lo largo de sus páginas. Lo que suele ocurrir más bien es que el embrujo producido por el novelista es tan grande, que a no ser que nos detengamos y analicemos la obra no nos demos cuenta de la existencia de varios narradores. También te habrás dado cuenta de que muchas veces el narrador, omite, sugiere o silencia adrede partes de una historia.
- Ahora que lo dices... Muchas veces he leído relatos y cuentos que al final enmudecían sus detalles. En vez de descifrar el final, lo dejaban a la libre interpretación del lector.
- Así es. Es una manera muy succulenta, a través de la ambigüedad de crear una tensión en el lector. De forma creativa sugerir un final que no está del todo seguro que pueda ser así. Todos estos trucos los fui descubriendo casi por intuición, gracias a autores como Gustave Flaubert y su *Madame Bovary*, que es sin duda la gran novela del Siglo XIX, mi libro preferido y de referencia. En casa tengo la primera edición y ha sido un libro tan amado, al que debo tanto que incluso le dediqué un ensayo: *La orgía perpetua: Flaubert y Madame Bovary*. Gracias a Flaubert y a su correspondencia con su amante, la poetisa Louise Colet entendí cual eran las claves del buen novelista. Digamos que la mayor parte de las personas que no son del gremio, piensan que escribir una novela es un asunto de la inspiración. Nada más lejos de la realidad. Mire la inspiración es útil al poeta, a un genio como Baudelaire o Rimbaud que a los veinte años ya había completado su carrera en la poesía. Sin embargo el novelista es un corredor de fondo, que aunque no tenga el don de la inspiración y las musas no le sean propicias, a base de esfuerzo, de terquedad y tesón puede llegar a escribir una excelente novela. Así lo demuestra Flaubert en su correspondencia con Colet, donde va contando las penurias y las frustraciones de los cinco años que tarda en escribir *Madame Bovary*. Había días que tras horas encerrado en el escritorio solo era capaz de enarbolar con precisión un párrafo. A través de la disciplina y perseverancia consiguió vencer la resistencia de las historias muertas y llegar a las más altas cumbres de la literatura. Y es que la historia de *Madame Bovary* es bien sencilla: una mujer presa de su época, de haberse casado con un marido que no amaba, y de vivir encerrada en un pueblecito francés sin más emociones para la vida que la inercia de lo cotidiano. Solo a través del adulterio encuentra una vía de escape a esa frustración, pero de tantos sinsabores y amarguras que le otorga la vida

extramatrimonial se acaba suicidando ingiriendo arsénico. Esta historia, aparentemente tan sencilla y sin floritura alguna, se convierte en una de las mejores novelas escritas gracias al duro trabajo y monstruosa destreza de Flaubert. A su prosa magistral que va tirando del lector hasta meterle por completo en el universo creado y que página tras página no le permite salir. Al final sabes que es una gran novela, porque ni le falta ni le sobra página alguna. Nadie la hubiera podido haber escrito mejor.

Estaba disfrutando de lo lindo de estas horas que estaba pasando con Mario Vargas Llosa. Jamás pensé que sus conocimientos sobre el arte de escribir pudieran ser tan reveladores. Entre tantas lecciones por fin habíamos llegado al Café Central situado en la Plaza del Ángel, muy cerca la estatua de Don Calderón de la Barca que preside de la Plaza de Santa Ana.

Javier el encargado del local se acercó diligentemente y me preguntó que iba a tomar. Le pedí un café con mucha leche y mucho azúcar. Después de esto se marchó y ni siquiera le tomó nota a Mario. Ante mi estupefacción Mario me dijo con una gran sonrisa: *es que siempre tomo lo mismo*. Estábamos sentados en el sitio donde siempre se sienta a escribir, de espaldas a la gran cristalera que da a la calle, protegidos por un ficus gigante. En ese instante Javier se acercó con una gran bandeja de plata con agua mineral, un café solo y café con leche con extra de todo.

- Don Mario, hay una pregunta que me ronda la cabeza. ¿De dónde surgen tus novelas? Y por encima de todo ¿cómo haces para persuadir al lector de que tú historia es creíble aunque no lo sea?
- Es una pregunta muy buena –me contestó Vargas Llosa–. Nunca tengo una estructura, una forma previa a la historia que quiero contar. Mis novelas empiezan con una imagen, que dan lugar a una historia. Por ejemplo en *Pantaleón y las Visitadoras*, había leído una noticia en el periódico donde el ejército peruano destinado en la selva, había montado un servicio de prostitución ante las continuas violaciones de las mujeres civiles por parte de los militares. Esa era la historia, pero naturalmente, había que contarla de una manera creíble y esta manera la encontré a través de las misivas que enviaba el Capitán Pantaleón Pantoja (el protagonista) al resto de sus superiores. En ellas va narrando como desarrolla en secreto el servicio de *Las Visitadoras*, sus dificultades y sus logros. Para que una

novela tenga poder de persuasión, es muy importante contar la historia aprovechando todos los recursos, todas las vivencias. Que cuando el lector lea tenga la impresión de una autonomía respecto al imperfecto mundo real. Que la trama se deslice y los acontecimientos se sucedan como en una imparable caída de fichas de dominó...

- Parece fácil Don Mario, pero luego en la práctica resulta tan difícil. –argumenté.
- Sin duda amigo, lo más difícil y a lo que un escritor tiene que dedicar más empeño es a borrar las fronteras entre realidad y ficción. Que esta última sea tan imponente y perfecta, que el lector solo quiera acudir a ella para resarcirse de la vida que le ha tocado en gracia.
- Que duro suena eso.
- Puede parecerlo y es lamentable que así sea. Pero la literatura ha sido la vía de escape de millones de personas a lo largo de la historia, sus propias vidas fueron una cárcel de desgracias cuya única puerta abrieron los libros...

Mario ya había acabado su café y estaba apurando el agua mineral. Pidió a Javier la cuenta y salimos a la calle. Eran las doce del mediodía y hacía un tiempo estupendo. Tras varios meses el sol volvía a salir. Estaba en lo alto observando, sempiterno, en su máximo esplendor. Al fin y al cabo el invierno era solo el letargo de la perezosa primavera. Y me constaba que la mía había dormido demasiado.

Mario paró en la misma calle un taxi que pasaba. Me despedí de él con un ligero abrazo mientras nos palmoteábamos las espaldas. Me dijo: *mucho gusto amigo. Fue un placer. Hasta la próxima, recuerda que todos los escritores que admiras empezaron como tú.* El taxi marchó calle abajo con dirección a la RAE y yo me quede minutos que parecieron horas en el mismo sitio en el que Don Mario se había despedido de mí. Estaba todavía impactado con aquella Socrática conversación que recordaría como las cinco horas –con Mario– más felices de mi vida.

Años después y ya estudiando Literatura en la Universidad, una repentina llamada hizo que tuviera que salir de clase. Era mi padre. Asustado por si fuera una tragedia familiar –ya que nunca me llamaba cuando estaba en clase– contesté al teléfono preocupado. Una voz orgullosa me dijo: *¿Adivina quién ha ganado el Premio Nobel?*